

Editorial

1988, un año de transición para El Salvador

El Salvador necesita con urgencia encontrar el camino que le ayude a salir de su lamentable estado y por el que pueda avanzar rápida y seguramente. Necesita encontrar pronta salida al conflicto nacional, cuya máxima expresión es la guerra, pero necesita también emprender tareas bien definidas que le vayan liberando de su subdesarrollo integral y de sus múltiples formas de opresión. Por más que en apariencia los políticos y los ciudadanos estén acostumbrándose a una situación intolerable, quizá porque no ven remedio efectivo para ella, en realidad los males que afectan al cuerpo social salvadoreño son tan graves, tan evidentemente graves, que todos y especialmente los más responsables deberíamos acelerar nuestro paso para encontrar cuanto antes tanto remedios coyunturales como, sobre todo, soluciones estructurales.

Pero, si escrutamos las posibilidades que ofrece este año de 1988, tenemos por lo pronto que adelantar una previsión pesimista: 1988 no ofrece novedades importantes de las que se puedan esperar cambios sustantivos, antes al contrario presenta una serie de características que hacen de él un año de indefinición, un año de transición no se sabe a qué, un año perdido para las grandes soluciones. Esto nos plantea la cuestión de qué hacer durante un año, cuyas potencialidades y posibilidades son en principio tan negativas, la cuestión de cómo sacar de lo negativo dinamismos positivos en favor de un proceso verdaderamente liberador.

1. Análisis de perspectivas para 1988

En la política interna del país el primer trimestre está dominado por la campaña electoral de diputados y alcaldes. Para la solución de los problemas profundos del país esta campaña es tiempo perdido y los resultados electorales de la misma son en sí mismos irrelevantes, aunque sirvan como indicadores de lo que se deba hacer para preparar la campaña presidencial de 1989. Son irrelevantes porque cualquiera sea la composición de la asamblea y la distribución de las alcaldías, se podrán obstaculizar acciones del ejecutivo, podrán aumentar las tensiones, que algunos llaman contradicciones magnificando así un significado que no tienen, pero ni para bien ni para mal supondrán cambios importantes. La mayoría absoluta con la que ha gobernado en estos últimos años el presidente Duarte no le ha facultado para hacer nada importante en favor de la paz ni del desarrollo económico, ni siquiera le ha permitido debilitar significativamente la fuerza de los sectores más reaccionarios. Perdida esa mayoría no va a hacer lo que con ella no hizo, pero tampoco va a sufrir el proyecto imperante grandes cambios, por cuanto el imperio del proyecto no proviene en lo fundamental de lo que se decide en las urnas, sino de la voluntad del gobierno de Reagan y de su asimilación por parte de la Fuerza Armada.

Cualesquiera sean los resultados de las elecciones de marzo el gobierno de Duarte se encontrará todavía más debilitado. Si su partido conserva un buen número de sus electores y de sus elegidos, esto no añadirá ninguna fuerza a una gestión presidencial que en 1988 entra en su quinto y último año. En este quinto año no puede esperarse alcanzar lo que no se pudo lograr en los cuatro años anteriores. La presidencia de Duarte no ha supuesto una acumulación de fuerzas sino, al contrario, un despilfarro. Con menos tiempo por delante y con fuerzas más débiles hay poco lugar para la esperanza. Todavía esto podría ser más difícil, si su partido saliera debilitado de las elecciones. Trataría de hacer lo mismo con más frenos. Quedaría, eso sí, la posibilidad de que intentase en su último año un gobierno más abierto a otras fuerzas políticas sea en su composición sea en las líneas de acción. Pero aun esta posibilidad poco probable no tendría ni tiempo ni potencialidad para hacer algo efectivo en favor del país. Lo más probable sigue siendo un gobierno cada vez más debilitado tanto por el estrechamiento de márgenes, por las divisiones del propio partido, como por la falta de proyecto y de personas capaces de llevarlos a cabo. Lo que toca desde esta perspectiva es esperar a 1989, por lo que 1988 queda relegado a ser una transición indefinida.

El gobierno de Duarte había recibido un nuevo impulso y se había encontrado con un nuevo campo de acción gracias al

éxito de Esquipulas II. Pues bien, también este capital ha sido malgastado. Con la presunción falsa de que el gobierno de El Salvador había hecho cuanto le exigía el acuerdo de Guatemala primero y de Costa Rica después, se ha desaprovechado otra gran oportunidad. Hoy Esquipulas II no ofrece ni las esperanzas ni las expectativas despertadas en 1987. Por ello es improbable que el espíritu de esos acuerdos, las metas pretendidas y los pasos preestablecidos vuelvan a emprenderse. Si algo de positivo puede vislumbrarse en este capítulo, será debido a una nueva reunión de presidentes centroamericanos, donde la revitalización no procederá de El Salvador, sino de la decidida voluntad pacificadora de Nicaragua y de la relativa independencia de los gobiernos de Costa Rica y de Guatemala.

Tampoco el último año del gobierno de Reagan traerá novedades sustanciales ni en una dirección ni en otra. No es de esperar cambio alguno importante en la guerra de baja intensidad ni en la estrategia militar, política y económica que ella supone. Esa múltiple estrategia está plenamente definida en sus medios y en sus metas. Podría ser replanteada en 1989, pero no en 1988. Esto significa que por parte del gobierno de Reagan para el año 1988 no sólo no se conseguirá el triunfo militar en la guerra de El Salvador sino que las cosas seguirán prácticamente igual. No hay prisa alguna por acelerar el proceso, pero tampoco hay temor alguno de que el FMLN pueda retrasarlo, cuanto menos cambiarlo de dirección. Por consiguiente, en lo militar se proseguirá en la gue-



rra el mismo modo de actuar con parecidos resultados, en lo económico se seguirá paliando la situación de modo que no haya nada parecido a un colapso económico o social y en lo político se seguirá con el juego de las elecciones, con ciertas apariencias de apertura democrática y con el respaldo al presidente Duarte para que termine su período y haga una transmisión democrática de la banda presidencial al sucesor elegido en 1989. Es sabido que el gobierno de Reagan, la embajada y el Pentágono, siguen readecuando sus planes militares para El Salvador para un período no inferior a cinco años más de guerra, lo cual les permite ofrecer condiciones muy estrechas a una posible negociación con el FMLN, prácticamente reducidas a su reincorporación al proceso democrático tras el abandono de las armas.

Las fuerzas de (extrema) derecha tampoco estarán en condiciones durante 1988 de cambiar el rumbo de las cosas, aun en el caso de que tuvieran ventajas electorales en los próximos comicios. Su mirada está puesta en las elecciones presidenciales de 1989 y no van a poner en peligro lo que piensan es un objetivo muy asequible para ellos por una serie de acciones desestabilizadoras. Pero aun en el caso de que las urnas de marzo no les sean propicias este año, tendrían que readecuar su estrategia para 1989, con lo cual en 1988 no obtendrían resultados importantes. Lo más probable es que se dediquen a obstaculizar la gobernación de Duarte, al tiempo que sacan el mayor provecho para sus intereses económicos mediante medidas que favorezcan más y más al capital.

El FMLN piensa, en cambio, que 1988 puede y debe ser un año muy propicio para la revolución. Ha llegado a decir que, si no definitivo, el año será decisivo para sus propósitos de triunfo final. Los papeles capturados por el ejército y que presuntamente representan un envío del comandante Villalobos en Morazán al comandante Fermán Cienfuegos en Chalatenango no harán sino comprobar lo que ya se conocía como líneas fundamentales de su estrategia. El FMLN pensaría que durante 1988 podría proseguir su fortalecimiento militar, aunque no de una manera llamativa y determinante; pero, sobre todo, pensaría que en este año puede darse un crecimiento cualitativo decisivo en la lucha revolucionaria de las masas. Tenidos en cuenta el debilitamiento progresivo del gobierno de Duarte, el período electoral norteamericano, el empeoramiento incesante de la situación económica del pueblo y, sobre todo, su nuevo planteamiento en la lucha de las masas, el FMLN concluye que 1988, lejos de ser un año de transición indefinida, perdido en meandros en los que se estancará el proceso, será un año de gran avance, que casi deje a las puertas el triunfo final. Para ello va a desarrollar durante todo este año tareas muy definidas en cuatro campos: el de la

**1988 es un año de indefinición,
un año de transición no se sabe a qué,
un año perdido para las grandes soluciones.**

violencia armada, el de radicalización de las masas cada vez más numerosas y organizadas, el de favorecer amplias alianzas y el de propiciar nuevas series de diálogo y negociación. A diferencia de otras fuerzas que ven 1988 como un año de transición indefinida, de preparación para una nueva etapa, el FMLN lo ve como un año de claro avance al que acude con una estrategia operativa muy precisa y de la cual espera excelente resultados.

Sin minusvalorar los análisis de la situación que hace el FMLN ni las posibilidades teóricas de sus renovados planteamientos, no puede asegurarse que haya una base objetiva para que en 1988 cambie sustancialmente ni la correlación de fuerzas ni siquiera la aceleración del proceso. Ciertamente un cambio sustantivo en la acumulación y radicalización de las masas sería algo muy importante que podría traer consigo nuevos dinamismos no asumibles por el proyecto contrainsurgente. Pero en esa presunción hay dos supuestos muy discutibles: primero, que durante 1988 pueda darse una acumulación radicalizada de las masas, cuando lo más probable es que continúe con algún crecimiento no significativo lo ocurrido en 1987; y segundo, que el proyecto contrainsurgente no cuente con múltiples posibilidades de frenar o desviar esa posible acumulación radicalizada. No le falta moral combativa ni planteamientos creativos al FMLN, pero lo probable es que la realidad social siga siendo reacia a esa moral y a esos planteamientos. No hay todavía muestra alguna de que se pueda esperar otra cosa. La actual inercia histórica de las masas, que las orienta hacia algo distinto de lo dado hasta ahora y que tiene como característica esencial la de no dejarse llevar por ilusiones sin resultados efectivos, no parece que se vaya a acelerar ni cambiar de sentido por una oferta, que en el mejor de los casos le llega desvirtuada y poco confiable. Sin entrar en la discusión de las previsiones y de las propuestas del FMLN, no obstante que en sus documentos discrepan razonadamente de propuestas y previsiones hechas en nuestra revista, diríamos que no es difícil encontrar razones para augurar lo que debería ser, pero que no se presenta hecho alguno, que pueda confirmar lo que las razones, las ilusiones y los deseos parecieran indicar como conseguible. Incluso las fechas propuestas por el FMLN para la graduación de su campaña están ya sobrepasadas y este es un argumento añadido para poder pronosticar que durante 1988 el FMLN no conseguirá lo que se propone y ni siquiera podrá hacer de este año un año decisivo. Esto no significa necesariamente ni estar

Los principales agentes políticos andan en busca del poder o de la conservación del poder político, del poder del Estado.

de acuerdo ni estar en desacuerdo con lo que el FMLN piensa ser la caracterización de la nueva etapa ni con lo que propone para recorrerla. Tal discusión nos llevaría demasiado lejos en este momento, aunque sigue siendo una discusión necesaria porque de la línea asumida por el FMLN se siguen consecuencias muy importantes para la marcha del país. Lo que aquí se quiere resaltar provisionalmente es que para 1988 el FMLN tiene un proyecto y una estrategia definidos, que espera mucho de ellos, pero que probablemente los resultados previsibles dejen irresuelta, dejen en transición la situación del país.

Si nos preguntamos por qué 1988, visto desde los principales agentes políticos, no ofrece posibilidades reales de solución para el país ni siquiera avances decisivos en el encuentro de esa solución, la respuesta es que todos ellos andan en busca del poder o de la conservación del poder político, del poder del Estado. Ahora bien la cuestión del poder político está tan lejos de definirse en la actual correlación de fuerzas, que es imposible resolverla en este año de 1988. Para los partidos políticos que se disputan una cierta cuota de poder, la disfrutable por quien domine el ejecutivo, la cual es importante administrativamente y aun socio-económicamente, pero que es muy reducida en términos de estricto poder político, lo que hay que hacer en 1988 es prepararse para triunfar en las elecciones de 1989. Para estos partidos, 1988 es un año de transición preparatoria para alcanzar el máximo posible en la cuota de poder. No es un año para gobernar —los que están en el poder— o para contribuir desde la oposición a resolver los problemas de El Salvador, especialmente el problema de la guerra. Es un año no para el país y sus problemas, sino para ellos y sus problemas. Es un año tal vez ganado para ellos, pero perdido para la nación.

En parecida situación están el gobierno de Reagan y la Fuerza Armada. Ambas instancias tienen el poder en sus manos, tanto el poder militar como última determinación del poder político cuanto el poder para determinar los límites de la estructuración y del proyecto nacionales. Ese poder no lo quieren poner en discusión y mucho menos están dispuestos a compartirlo. La resolución de los problemas, especialmente el de la guerra y el de la participación del FMLN en el poder político, pero también, aunque en menor medida, la situación de crisis económica, sólo les importan en la medida que no debiliten su respectivo poder y su poder mancomunado. El camino del robustecimiento cualitativo de ese poder no cuenta con oportunidades en 1988 porque ni dentro ni fuera del país



se dan las condiciones para cambios sustanciales en el mismo. No les queda sino mantener y consolidar lo que ya tienen a la espera de una etapa relativamente nueva con ejecutivos más favorables para otra forma de guerra tanto en Washington como en San Salvador. Pero esta preocupación y prioridad por no perder el poder y aun por consolidarlo hace que ni el gobierno de Reagan ni la Fuerza Armada pongan la solución real de los problemas de El Salvador por delante de la cuestión del poder. Naturalmente esto implica en su extremo una forma dictatorial de entender el poder, no obstante las apariencias democráticas con que se lo cubre. Un poder político que no se subordina a las necesidades y a la voluntad del sujeto social en cuestión, esto es, del sujeto social sobre el que se ejerce el poder político, es un poder dictatorial y aun tiránico, no importa las formas y el discurso que lo acompañen. Que en 1988 estas dos instancias conserven su poder no significa para nada que se avance en la solución real de los problemas nacionales.

También el FMLN centra su estrategia en la toma del poder político como medio necesario, en su caso, para llevar adelante un proyecto revolucionario, que suponga la liberación definitiva de las mayorías populares. Esta búsqueda del poder a través de la lucha revolucionaria deja en segundo lugar los intereses inmediatos de esas mayorías y aun los vuelve inalcanzables con medidas que ciertamente debilitan el poder militar, económico y político de sus enemigos, pero que al

mismo tiempo dañan fuertemente al pueblo en múltiples aspectos, lo cual, si se prolonga indefinidamente, no sólo es gravemente perjudicial para el propio pueblo, sino también para conseguir el respaldo popular.

2. Posibilidades de aprovechamiento de un año de transición

El análisis anterior no augura cambios favorables importantes para El Salvador en 1988. No se prevén posibilidades de empezar a resolver la crisis económica. La cuestión de los derechos humanos seguirá asimismo con sus altibajos sin que el país alcance una normalidad mínimamente satisfactoria en este punto crucial. El desasosiego social quedará controlado sin que sobrepase notoriamente los niveles permitidos en 1987. Se seguirán respetando los aspectos formales del proceso de democratización, centrados en los procesos electorales. ¿Cómo sacar provecho entonces de este período de transición, período negativo por el retraso en buscar soluciones y por la acumulación de males que va a suponer?

Ante todo, sería importante crear una disconformidad nacional con esta situación, disconformidad que debieran manifestar y articular cuantas fuerzas sociales no tienen por objetivo principal la conquista del poder político. No es difícil de ver que perder un año en forma de transición indefinida, cuando la situación del país es del todo inaceptable, no debería tolerarse. Y esta intolerancia debiera cobrar fuerza para que los sectores más explícitamente políticos subordinaran su búsqueda del poder a las necesidades y a la voluntad del pueblo, cuyo bien dicen buscar y cuya voluntad o voto quieren conquistar. Sólo cuando los distintos sectores políticos sientan lo que les cuesta y pierden por no responder a las necesidades del cuerpo social, cambiarán al menos de estrategia, ya que de actitud es difícil que lo hagan. Quizá no sea fácil organizar un voto de repudio en el contexto de las próximas elecciones presidenciales, porque la dinámica del voto sigue en El Salvador toda suerte de presiones irracionales. Pero, sin excluir esta posibilidad, hay múltiples posibilidades para que las fuerzas sociales digan un "basta ya" a quienes mirando por sus intereses no ayudan en nada a la solución de los problemas nacionales.

En segundo lugar, habría que aprovechar cuanta oportunidad se ofreciere para hacer de una transición indefinida un avance en la búsqueda y puesta en marcha de soluciones. Las programadas reuniones de presidentes centroamericanos en el marco de Esquipulas II deberían aprovecharse en lo que tienen de más nuclear, esto es, en su propósito de pacificación y democratización. Lo que en 1987 apenas logró nada para El Salvador debe retomarse en serio, precisamente porque ape-

Hay múltiples posibilidades para que las fuerzas sociales digan un "basta ya" a quienes mirando por sus intereses no ayudan en nada a la solución de los problemas nacionales.

nas logró nada. Ciertamente si el dinamismo de Esquipulas lograra superar la resistencia norteamericana en el caso de Nicaragua, en El Salvador tanto la parte gubernamental como la parte revolucionaria estarían en mejores condiciones para reemprender una negociación, que al menos lograra resultados parciales. Pueden darse otras oportunidades, que aun menos significativas en sí mismas, pudieran aprovecharse para ir acumulando dinamismos convergentes hacia el mismo fin, hacia la superación del estancamiento prolongado y hacia la solución razonable del conflicto social y del conflicto armado.

En tercer lugar, la indefinición probable de 1988 debiera obligar a las principales fuerzas controladoras del proceso a replantear sus estrategias. Si se sigue demostrando un año más —y ya van ocho— que ninguna de las estrategias ha dado resultados satisfactorios, sería ya hora de reconsiderar esas estrategias y no sólo las tácticas. Casi todos pueden decir que no han perdido, pero nadie puede decir que ha ganado. La democracia cristiana puede decir que por primera vez consiguió la presidencia y la mayoría en la asamblea, pero estos son lucros personales y no ventajas nacionales. Ni la democracia cristiana, ni la Fuerza Armada, ni el capital y los partidos de derecha, ni los norteamericanos ni el FMLN-FDR han conseguido resultados finales satisfactorios para el país. La guerra continúa, la destrucción del país prosigue, el conflicto fundamental permanece no sólo sin resolverse sino activándose más y más. Sin duda unos y otros pueden mostrar algunos resultados positivos, pero son resultados parciales en una totalidad que es negativa. Y aunque el proceso no va a peor, los resultados que decanta el proceso son más negativos que positivos y, lo que es peor, el proceso mismo no tiene ni el dinamismo ni la dirección adecuada para proponer metas y tiempos aceptables.

Hasta ahora quien menos ha cambiado su estrategia es el eje central del poder en El Salvador, constituido por el gobierno de Reagan, la Fuerza Armada y el gobierno de Duarte. Lo que viene llamándose el proyecto contrainsurgente de guerra de baja intensidad con sus peculiares componentes militar, político y económico, no ha sufrido en lo fundamental cambio alguno. Ha habido readecuaciones militares, ha habido retoques políticos y económicos, pero nada sustancial ha cambiado. Es una estrategia que en su haber tiene el no haber perdido

el poder, de haber mejorado internacionalmente la imagen de El Salvador, de haber impedido un descalabro económico, de haber consolidado ciertos formalismos democráticos no del todo vacíos. En su deber esta estrategia tiene el no haber resuelto el gran conflicto nacional, el ser responsable de muchos de los males que se han dado y dan en ese conflicto y, sobre todo, el no ofrecer seguridad alguna de que en un tiempo razonable esté en condiciones de superar la crisis nacional ya tan prolongada. Alegrementemente se habla de otros muchos años para que esa estrategia dé sus frutos, pero esto es, en primer lugar, problemático dado los antecedentes y, en segundo y principal lugar, intolerable por los costos humanos y políticos que trae a los ciudadanos y al país entero. Es hora, por tanto, de que este eje principal y particularmente el gobierno Reagan y la Fuerza Armada se propongan seriamente el cambio de una estrategia, buena quizá para Estados Unidos, pero catastrófica para El Salvador. El cambio debería orientarse no tanto a terminar con la guerra, sino a construir la paz, no tanto a defender intereses extranjeros o institucionales, sino a promover los intereses populares mayoritarios.

ARENA y las fuerzas que están tras este partido han cambiado de estrategia, si se compara su discurso ideológico, sus actuaciones y su propaganda de los inicios de 1980 con lo que ha venido haciendo en los dos últimos años. Puede advertirse un cierto cambio en la intransigencia y en la prepotencia económicas del capital defendidas por este partido. Todo ello se ha hecho por presión del proyecto norteamericano, en el cual no cabe fácilmente un partido con esquemas de extrema derecha y con prácticas o practicantes terroristas. Con las apariencias de 1982 tenían vetado el acceso al poder ejecutivo. Al ver que en las urnas no están tan lejos de acercarse a una mayoría relativa, los dirigentes de ARENA han cambiado por los menos de táctica, pero hasta tal punto ha ido el cambio de táctica que pudiera pensarse en un eventual cambio de estrategia, por ligero que éste sea. Es de todos modos una posibilidad que ha de tenerse en cuenta. Durante este año de transición y vistos los resultados electorales de marzo de 1988, ARENA podría entrar a buscar consensos y alianzas, lo cual conllevaría cierto cambio de sus líneas maestras, sin dejar por eso de constituirse en el baluarte del capitalismo salvadoreño. Pero lo que podría estar en juego es un inicio de reflexión por parte de los representantes más progresistas de ese capitalismo para ir abandonando el discurso liberaloide y las prácticas cerradamente mercantilistas y para encontrar nuevas formas de convivencia en las cuales el trabajo no esté sometido a la explotación inmisericorde del capital y en las cuales el poder económico no busque superprivilegiarse con la adición del poder político y del poder militar. Esto podría tener repercusio-

nes indirectas respecto de su relación con la Fuerza Armada, sobre la cual podría influir para que recuperara su pulso nacionalista y para que fuera habituándose profesionalmente a respetar el poder civil. No conviene hacerse grandes esperanzas sobre este cambio de ARENA. Pero tampoco puede ignorarse que ese cambio es exigido por el propio interés de supervivencia del capital salvadoreño, que hasta ahora lo ha buscado defender más por la ventaja comparativa, la fuerza y la represión que por la utilización lúcida de la inteligencia que propone la adecuación de los medios a los fines y que mira más a larga distancia que a la corta.

Pudiera suceder que un relativo descalabro del Partido Demócrata Cristiano en las elecciones lo obligara también a repensar su estrategia, no reducida a un recambio de candidatos, sino orientada a una imagen nueva, que pudiera sustituir a la ya muy desgastada en hombres y en ideas de estos últimos cuatro años. El peligro tanto de ARENA como del Partido Demócrata Cristiano es que utilicen la transición no para prepararse en orden a buscar soluciones, sino en orden a alcanzar la próxima silla presidencial y el próximo gobierno. En principio no se trata de dos finalidades excluyentes, pero de hecho lo pueden ser. Y de los políticos actuales en los dos partidos más se puede esperar el subordinarlo todo a la conquista del poder que el ir en busca del poder con los instrumentos oportunos —en alianzas, en ideas, en planes de gobierno, en hombres— para resolver los problemas nacionales. Es claro que el partido y el proyecto que ofrezcan unas posibilidades razonables de terminar con el conflicto justamente y de empezar a resolver también con justicia el problema y la crisis económica, tendrían mucho adelantado para conseguir el respaldo de los votantes. Probablemente en el Partido Demócrata Cristiano prevalecerá el aprovechamiento egoísta de sus últimos quince meses de gobierno y la preparación puramente utilitarista de una preservación del poder adquirido que los razonamientos éticos y los cálculos razonables. De momento no se dan signos que permitan esperar la utilización de este período de transición para un cambio profundo, sin el cual la democracia cristiana poco podrá aportar a la solución nacional.

El Partido de Conciliación Nacional y Convergencia Democrática tienen también que decidir definitivamente en este período de transición a qué carta juegan y cómo la juegan. No son ya o todavía fuerzas decisorias en el proceso, pero pueden tener un significado especial no en tanto de su fuerza actual

Habría que aprovechar cuanta oportunidad se ofreciere para hacer de una transición indefinida un avance en la búsqueda de soluciones.

cuanto en razón de la coyuntura. Sobre todo la "novedad" de Convergencia Democrática podría dinamizar el proceso por cuanto maneja un mensaje y se dirige democrática y abiertamente —no revolucionaria y clandestinamente— a un espectro potencialmente muy amplio de población no sólo en orden a unas elecciones, sino en orden a una potenciación de la sociedad civil frente a la sociedad política. Los resultados no podrán apreciarse de inmediato pero pueden ser notorios si este año de transición es empleado por ellos en tareas serias de organización y de impulso a un proyecto renovado de consenso popular y nacional.

Es, sin embargo, el FMLN quien más fuerte juega en 1988. Para el FMLN 1988 no es un año de transición, sino un año de definición. Hemos aventurado en la primera parte la suposición razonada de que esto no va a ser así. Si nos equivocamos iremos corrigiendo nuestros puntos de vista a lo largo del año en la medida en que los hechos nos obligan a ello. Pero, si no nos equivocamos, será el FMLN quien deberá cambiar sustancialmente su estrategia, sobre todo en el manejo de la cuestión de las masas. Es de todo prematuro pedirle al FMLN que abandone aquella parte de su estrategia que se refiere a la lucha armada. Merece ser apoyado en lo que plantea tanto respecto de la ampliación de las alianzas como respecto del diálogo nacional y de la negociación. El punto más discutible está en la estrategia y en las tácticas que se propongan como las más adecuadas para el movimiento popular. En esta cuestión no debiera haber lugar para dogmatismos e idealismos ni en favor ni en contra de una determinada línea. Pero no debe olvidarse que en otras oportunidades se han adoptado líneas, que la realidad ha demostrado ser contraproducentes y de un enorme costo para las mayorías populares. El procedimiento del trial and error, cuando está en juego la vida y el destino de los sectores más desprotegidos de la población, no puede adoptarse sin muchas, muchísimas preocupaciones y cautelas. Dado lo que ha ocurrido en El Salvador en los últimos años se ha de trabajar con mucho mayor apego a la realidad que en otros lugares, sin confundir la parte con el todo. El desenfoco intelectual puede surgir no sólo de falta de compromiso, sino de estar situado en posiciones geográficas, sociológicas y mentales muy distintas de las de aquellos a quienes se dirigen las proclamas y los proyectos.

El análisis de las actitudes de las diferentes fuerzas sociales muestra que no dejan de darse condiciones y posibilidades para que un año de transición no sea un año perdido, para que se preparen nuevas oportunidades y se empiecen a dar algunos pasos no en la línea exclusiva o preponderante de alcanzar el poder, sino en la línea preponderante, pero no ex-

clusiva de encontrar soluciones reales al problema principal del país.

Ha de partirse de un supuesto. La repetición de lo mismo en cuanto a los medios y las causas no traerá más que la repetición de los fines y de los efectos. No hay argumento alguno convincente y, mucho menos, hechos persuasivos para mostrar que la acumulación y aun la intensificación de lo que se ha venido haciendo hasta ahora por parte y parte lleven a otra cosa que no sea la prolongación en equilibrio dinámico del estado de cosas actual. Tras cada golpe, tras cada acción, que perturba momentáneamente el equilibrio funcional del todo o de cada una de las partes, se viene dando la reacción correspondiente, la respuesta más o menos adecuada, capaz de recomponer el equilibrio y prolongar la tensión. Ni en el campo militar, ni en el campo político, ni en el campo social, ni en el campo de la reacción de las masas se ha visto hasta ahora nada capaz de cambiar la correlación de fuerzas ni la dirección del proyecto. Tal cosa no es apreciable ni en uno solo de los campos ni en el conjunto de ellos. Para desmentirlo unos señalan, por ejemplo, la sucesión regular de elecciones masivas, que comprobarían la consolidación del proceso democrático; otros señalan, por ejemplo, la mayor actividad y combatividad de las masas, que se estarían abriendo a una nueva etapa, capaz de desequilibrar en favor del triunfo revolucionario el proceso. Pero aun en este caso no debe olvidarse la experiencia de 1980-1982, no obstante que algunas condiciones



La repetición de lo mismo en cuanto a los medios y las causas no traerá más que la repetición de los fines y de los efectos.

militares actuales son distintas de las de entonces. Puede aceptarse que el FMLN, a diferencia del proyecto norteamericano-gubernamental que no está ofreciendo novedad alguna, está esforzándose desde el año anterior por introducir un elemento nuevo importante, como es el de la lucha de las masas en busca de una insurrección popular, que meses atrás se percibía como una lejana posibilidad. Para ello está poniendo nuevos recursos, que espera no puedan ser contrarrestados a tiempo por sus oponentes. Pero en el mejor de los casos estaríamos ante una renovación o una readecuación, y no ante algo estrictamente nuevo de lo que pudiera esperarse el surgimiento de situaciones y posibilidades del todo nuevas, del todo favorables al movimiento revolucionario.

Un tiempo de estricta transición permite, sin embargo, soportar otras posibilidades, que parecen irse abriendo, si no en los partidos que disputan el poder, aunque también en ellos de algún modo, en otros partidos y, sobre todo, en otras fuerzas sociales. Antes hablábamos de acordar entre ellas un estado de disconformidad nacional no sólo con la situación presente, sino también con las fórmulas propuestas para su solución. Pero habría que buscar tareas más positivas. Desde distintos ángulos se pretende crear un nuevo consenso nacional. ARENA ha hablado de ello, queriendo abanderar un consenso desde perspectivas derechistas, el cual permitiría un frente común desde el cual enfrentarse al FMLN-FDR. El Partido de Conciliación Nacional ha hablado de una convergencia nacional de tipo más centrista, que le permitiría relacionarse con el Partido Demócrata Cristiano y el gobierno, por una parte, y con sectores sociales más a la izquierda. Convergencia Democrática más claramente aún propicia un consenso nacional, no orientado directa e inmediatamente a la conquista del poder, sino fundamentalmente a la solución del conflicto. Se trata de proyectos muy distintos, pero que responden a un nuevo planteamiento. Incluso el FMLN y otras fuerzas de izquierda andan proponiendo con distintas fórmulas o frentes amplios o formas organizadas de unidad nacional e incluso gobierno de amplia participación. Todo esto demuestra no sólo que cada una de las fuerzas por separado es incapaz de hacerse con el poder y de resolver el conflicto, no sólo que se está en un estado de equilibrio y en una situación de transición, sino que se van dando condiciones que se alejan más de la polarización y del radicalismo y se van acercando a la tolerancia y al compromiso. Aun los más radicales piensan que en la etapa actual no pueden lograr de modo definitivo su propio proyecto, sino que es una etapa de consolidación de ciertos míni-

mos indispensables y de apertura gradual a formas más consecuentes de desarrollo social.

Parecería, por tanto, que esta es una de las tareas fundamentales en este año de transición. Esto supone que, negativamente, deben evitarse aquellas acciones que pudieran llegar a romper el consenso popular y, positivamente, que deben promoverse planteamientos definidos y concretos, en torno a los cuales pudieran aglutinarse el mayor número de fuerzas posibles. Algunos criterios generales deben servir para la promoción del consenso. Entre ellos pueden formularse los siguientes: 1) terminar cuanto antes con la guerra, pero no por la violencia de las armas, sino por la negociación; 2) privilegiar la perspectiva de los intereses nacionales sobre cualquier otra perspectiva, de modo que vaya consolidándose la soberanía nacional y vaya debilitándose la ingerencia extranjera; 3) un plan económico que, sin hipotecar el futuro desarrollo del país, enfrente cuanto antes el resolver siquiera mínimamente la satisfacción de las necesidades más básicas de la mayor parte de la población; 4) evitar cada vez más todo tipo de violación de los derechos humanos sin hacer distinciones de quién propicia esa violación y fomentar eficaz y realmente las exigencias mínimas de una auténtica democracia. Es importante que la sociedad civil, y no sólo los partidos políticos, fuera buscando en torno a estos criterios consensos efectivos, no sólo ideológicos, sino de alguna manera también organizativos. Un período de transición parece oportuno para trabajar eficazmente en esta línea.

La búsqueda del consenso es cuestión de todos y la responsabilidad de conseguirlo no puede dejarse en manos de los políticos exclusiva ni principalmente. Los políticos difícilmente descuidan lo que les pueda suponer una mayor cuota de poder y subordinan a ello todo lo demás. En cambio, las fuerzas sociales por su propia supervivencia necesitan no el poder, sino el consenso, un consenso que les permita desarrollarse. Ciertamente, las fuerzas sociales no deben reducirse a buscar el consenso. Cada una de ellas tiene su contribución específica a la sociedad, la cual, sin ellas no puede vivir ni desarrollarse. Los sindicatos, las cooperativas, las comunidades, los gremios, los sectores educativos, las iglesias, etc., tienen su propia misión específica. Pero esta misión, lejos de obstaculizar o de empañar la búsqueda de la paz por medio de un consenso amplio, la favorece, al tiempo que la búsqueda de la paz y del consenso estimulan su misión específica.

En esto queda mucho por hacer. Estamos muy lejos de que todas las fuerzas sociales pongan de sí todo lo posible en favor de la pacificación justa del país. En un año de transición la oportunidad de hacer más es mayor. Tal vez la Iglesia católica desde su proyectado y prometido debate nacional podría

**La búsqueda del consenso es cuestión de todos
y la responsabilidad de conseguirlo
no puede dejarse en manos de los políticos
ni exclusiva ni principalmente.**

abanderar e impulsar el inicio de este consenso nacional, el cual no debiera ser hegemonizado por nadie ni subordinado a otros intereses que los de una paz justa. Si esto se lograra, no se habría perdido un año más y este año de 1988, que en sí mismo se presenta como un año de transición, en vez de quedarse reducido a un año de transición hacia nada, a un año de empantanamiento, podría ser un año de transición en el cual se suavizaran los males de la guerra y en el cual se sentaran las bases para que en 1989 ocurrieran cosas realmente decisivas para la solución de la crisis nacional. No es, pues, hora de pesimismo ni de pasividades. Tampoco es hora de repetir las mismas acciones que tan pésimos resultados están dando. Es hora de nuevas actividades, nacidas de una nueva reflexión.

